

GIOVANNI BOCCACCIO: *El Decamerón*.

Giovanni Boccaccio es uno de los autores italianos más importantes del siglo XIV. De su biografía sabemos que nació en 1313 cerca de Florencia. La crisis económica que travesaba la ciudad, agravada en 1348 a causa de la peste negra, causó una honda impresión en el autor, quien justo un año después comienza la redacción de su gran obra, **el *Decamerón***



Su título, que significa «diez días», nos da el primer dato importante sobre su estructura interna: se trata de una colección de **100 cuentos** distribuidos en **10 jornadas** y explicados por 10 narradores (7 mujeres y 3 hombres). El marco narrativo de esta obra se corresponde con el estallido de la peste negra de 1348, hecho que obliga a los 10 personajes a refugiarse en una mansión campestre en las afueras de Florencia, donde deciden contarse historias para amenizar el tiempo que han de esperar allí.

Por este motivo, cada día, uno de los miembros de la reunión propone un tema sobre el que cada uno de los compañeros relatará un cuento. En este sentido, el **marco narrativo** del Decamerón supone una clara evolución frente a las colecciones de cuentos medievales, como *Las mil y una noches*, en las que el hilo conductor de todas las historias solía ser más débil.

Boccaccio retrata con agudeza en estos cuentos los rasgos más característicos del mundo social de su tiempo y elabora retratos psicológicos sencillos y, a la vez, eficaces, de los personajes que intervienen en los relatos. En cuanto a la **clasificación**, podemos diferenciar cuentos sobre la **astucia y el ingenio**, de inspiración claramente popular y folclórica; cuentos que exaltan los ideales cortesanos, admirados por Boccaccio gracias a sus vivencias napolitanas; cuentos en los que se advierte sobre los **peligros y los engaños del amor**, donde se recogen muchos de los tópicos más habituales de la misoginia medieval; y, por último, cuentos en los que se idealiza el **sentimiento amoroso** como una de las emociones más naturales y necesarias del ser humano.

La **influencia** del Decamerón en la literatura universal posterior es innegable; en el marco de la literatura española, sirvió para sentar las bases de la novela breve del Siglo de Oro.

El cocinero Chichibio

Conrado Gianfigliuzzi [...] fue siempre en nuestra ciudad noble ciudadano, liberal y magnífico, viviendo a lo caballero, deleitándose siempre con sus perros y apájaros [...]. Un día, Perétola, un halcón suyo, cazó una grulla muy gorda y joven, y él la mandó a un buen cocinero suyo, que era veneciano y se llamaba Chichibio, diciéndole que para la cena la asase y aderezase bien. Chichibio, que era, y lo parecía, un gran mentecato, preparó la grulla, púsola al fuego y comenzó a cocerla. Y estando ya casi cocida y despidiendo fuerte aroma, ocurrió que una mujercilla del barrio, llamada Brunita, de la que estaba Chichibio muy enamorado, entró en la

cocina. Y advirtiéndole el olor de la grulla, y viéndola, rogó a Chichibio que le diese una pata. Chichibio, cantando, le dijo:

—No la tendréis de mí, doña Brunita, no la tendréis de mí, os lo aseguro.

Y ella, mosqueada, le dijo:

—Pues a fe que, si no me la das, nunca recibirás de mí cosa que te agrade.

Y, en suma, hubo muchas palabras. Al fin, Chichibio, por no enojar a su amada, cortó una de las patas de la grulla y se la dio.

Puesta, pues, ante Conrado y algunos forasteros la grulla sin pata, maravillóse Conrado e hizo llamar a Chichibio, y le preguntó qué había pasado con la otra pata de la grulla. A lo que el embustero veneciano respondió:

—Señor, las grullas no tienen más que una pata.

Conrado, muy mohíno, dijo:

—¿Cómo que no tienen más que una pata? ¿Crees que no visto nunca más grullas?

—Es lo que yo os digo, señor, y cuando os plazca os lo demostraré con grullas vivas —ofreció Chichibio.

—Ya que pretendes hacérmelo ver en las vivas, quiero verlo mañana y seré contento. Pero te juro por el cuerpo de Cristo que, si de otro modo es el caso, de tal forma te trataré que mientras vivas te acordarás de mi nombre.

Y por aquella tarde concluyó las palabras. Y al día siguiente, al amanecer, Conrado, a quien la ira no había dejado dormir, levantóse muy enojado todavía y mandó que le trajesen caballos, e hizo montar a Chichibio en un rocín y le llevó hacia un arroyo en cuya orilla solían verse grullas, y dijo solemnemente:

—Pronto veremos quién mintió ayer tarde: si tú o yo.

Chichibio, viendo que aún duraba la ira de Conrado y que le convenía demostrar su mentira, sin saber cómo hacerlo, cabalgaba atemorizado junto a Conrado, y de buen grado hubiera huido si hubiese podido. Mirara donde mirara, todo lo que veía le parecían grullas de dos patas. Pero, ya cercanos al arroyo, vieron sobre la orilla hasta doce grullas, todas sobre una pata, como hacen cuando duermen. Y, mostrándolas vivamente Chichibio, dijo:

—Bien podéis ver, señor, que ayer tarde os dije la verdad al afirmar que las grullas no tenían más que una pata, y, si no, mirad esas.

—Espera un momento y te mostraré que tienen dos —dijo Conrado.

Y, acercándose algo, gritó: «¡Ea, ea!», ante lo cual las grullas bajaron la otra pata y comenzaron a huir. Volvióse, pues, Conrado a Chichibio y le dijo:

—¿Qué te parece, bergante? ¿Tienen dos patas, o no?

Chichibio, abrumado, repuso:

—Sí, señor, mas vos no gritasteis «¡Ea, ea!» a la de ayer; que si así hubieseis gritado, a buen seguro que ella hubiera sacado la otra pata, como estas.

A Conrado le hizo tanta gracia esta respuesta, que toda su ira se trocó en risa, y dijo:

—Tienes razón, Chichibio: eso es lo que debía haber hecho.

Y así se reconciliaron criado y señor.

Los hombres más nobles y antiguos

No ha pasado mucho tiempo desde que en nuestra ciudad hubo un joven llamado Michele Scalza, que era el más agradable y divertido hombre de mundo, y tenía entre manos las historias más extravagantes; por la cual, los jóvenes florentinos estimaban mucho, cuando se reunían en compañía poder contar con él. Sucedió un día que, estando él con algunos más, empezó entre ellos una disputa sobre cuáles serían los hombres más nobles de Florencia y los más antiguos;

de los cuales algunos decían que los Uberü y otros los Lamberü, y quién uno y quién otro, según les venía al ánimo. Y oyéndolos Scalza, comenzó a reírse sarcásticamente y dijo:

-Idos por ahí, idos, que sois unos bobos; no sabéis lo que decís: los hombres más nobles y los más antiguos, no en Florencia sino en todo el mundo son los Baronci, y en esto están de acuerdo todos los filósofos y todo hombre que los conoce como yo; y para que no creáis que hablo de otros os digo que son los Baronci vuestros vecinos, los cuales todos conocéis.

Cuando los jóvenes, que esperaban que dijera otra cosa, oyeron esto, se burlaron de él todos, y dijeron:

-Quieres atraparnos por tontos, como si no conociésemos a los Baronci tanto como tú.

Dijo Scalza:

-No, por el Evangelio, sino que digo la verdad, y si aquí hay alguno que quiera apostar una cena a pagarla quien gane, yo apostaré de grado; aún haré más, que me someteré a la sentencia de quien queráis.

Entre quienes dijo uno:

-Yo estoy dispuesto a ganar esa cena.

Y poniéndose de acuerdo en tener por juez a Piero de los Fioretino, en cuya casa estaban, y yéndose a buscarle, y todos los otros detrás para ver perder a Scalza y burlarse de él, le contaron todo lo dicho. El juez, que era discreto joven, oída primero la explicación de Neri, volviéndose hacia Scalza luego, dijo:

-¿Y cómo podrás demostrar esto que afirmas?

Dijo Scalza:

-¿Que cómo? Lo mostraré con tal argumento que no solo tú sino también este que lo niega dirá que digo verdad. Sabéis que cuanto más antiguos son los hombres, más nobles son; y los Baronci son más antiguos que cualquiera otro hombre, por lo que son más nobles; y si os demuestro cómo son más antiguos sin duda habré ganado la disputa. Debéis saber que los Baronci fueron creados por Dios en el tiempo en que este había comenzado a aprender a pintar, pero los otros hombres fueron hechos después de que Nuestro Señor supo pintar. Y si digo la verdad en esto, pensad en los Baronci y en los demás hombres. Mientras a todos los demás veréis con los rostros bien compuestos y debidamente proporcionados, podréis ver a los Baronci con la cara muy larga y estrecha, y alguno que la tiene anchísima, y alguno con la nariz muy larga y otro muy corta, y algunos con el mentón hacia afuera o metido hacia adentro, y con quijadas que parecen de asno, y los hay que tienen un ojo mayor que el otro, y aun quien tiene uno más alto que el otro, como suelen ser las caras que pintan primero los niños que aprenden a dibujar. Por lo cual, como ya he dicho, bastante bien se ve que Nuestro Señor los hizo cuando aprendía a pintar, por lo que estos son más antiguos que los demás, y por ello más nobles.

De lo cual acordándose Piero que era el juez y Neri que había apostado la cena, y acordándose todos los demás también, y habiendo oído el divertido argumento de Scalza, empezaron a reírse y a afirmar que Scalza tenía razón y que había ganado la cena y que con seguridad los Baronci eran los más nobles y más antiguos que había, no ya en Florencia sino en el mundo entero.

Los tres anillos

Años atrás vivió un hombre llamado Saladino, cuyo valor era tan grande que llegó a sultán de Babilonia y alcanzó muchas victorias sobre los reyes sarracenos y cristianos. Habiendo gastado todo su tesoro en diversas guerras y asuntos, y como le hacía falta, para un compromiso que le había sobrevenido, una fuerte suma de dinero, y no veía de dónde lo podía sacar, le vino a la memoria un acaudalado judío llamado Melquíades, que prestaba con usura en Alejandría, y creyó que éste podría ayudarle; mas era tan avaro el judío, que por su propia voluntad jamás lo habría hecho, y el sultán no quería emplear la fuerza. Por lo que, apremiado por la necesidad y decidido a encontrar la manera de que el judío le sirviese, resolvió hacerle una consulta que tuviese las apariencias de razonable. Y habiéndolo mandado llamar, lo recibió con familiaridad y lo hizo sentar a su lado, y después le dijo:

-Buen hombre, a muchos he oído decir que eres muy sabio y muy versado en el conocimiento de las cosas de Dios, por lo que me gustaría que me dijeras cuál de las tres religiones consideras que es la verdadera: la judía, la musulmana o la cristiana.

El judío, que verdaderamente era sabio, comprendió de sobra que Saladino trataba de atraparlo en sus propias palabras para hacerle alguna petición, y discurrió que no podía alabar a una de las religiones más que a las otras si no quería que Saladino consiguiera lo que se proponía. Por lo que, aguzando el ingenio, se le ocurrió lo que debía contestar y dijo:

“Señor, intrincada es la pregunta que me haces, y para poderte expresar mi modo de pensar, me veo en el caso de contarte la historia que vas a oír. Si no me equivoco, recuerdo haber oído decir muchas veces que en otro tiempo hubo un gran y rico hombre que entre otras joyas de gran valor que formaban parte de su tesoro, poseía un anillo hermosísimo y valioso, y que queriendo hacerlo venerar y dejarlo a perpetuidad a sus descendientes, ordenó que aquel de sus hijos en cuyo poder quedase dicho anillo, fuera reconocido como su heredero, y debiera ser venerado y respetado por todos los demás como el mayor.

El hijo a quien fue legada la sortija mantuvo semejante orden entre sus descendientes, haciendo lo que había hecho su antecesor, y en resumen: aquel anillo pasó de mano en mano a muchos sucesores, llegando por último al poder de uno que tenía tres hijos bellos y virtuosos y muy obedientes a su padre, por lo que éste los amaba a los tres de igual manera. Y los jóvenes, que sabían la costumbre del anillo, deseoso cada uno de ellos de ser el honrado entre los tres, por separado y como mejor sabían, rogaban al padre, que era ya viejo, que a su muerte les dejase aquel anillo. El buen hombre, que de igual manera los quería a los tres y no acertaba a decidirse sobre cuál de ellos sería el elegido, pensó en dejarlos contentos, puesto que a cada uno se lo había prometido, y secretamente encargó a un buen maestro que hiciera otros dos anillos tan parecidos al primero que ni él mismo, que los había mandado hacer, conociese cuál era el verdadero.

Y llegada la hora de su muerte, entregó secretamente un anillo a cada uno de los hijos, quienes después que el padre hubo fallecido, al querer separadamente tomar posesión de la herencia, cada uno de ellos sacó su anillo como prueba. Y al hallar los anillos tan semejantes entre sí, no fue posible conocer quién era el verdadero heredero de su padre, cuestión que sigue pendiente todavía. Y esto mismo te digo, señor, sobre las tres leyes dadas por Dios Padre a los tres pueblos que son el objeto de tu pregunta: cada uno cree tener su herencia, su verdadera ley y sus mandamientos; pero en esto, como en lo de los anillos, todavía está pendiente la cuestión de quién la tenga.

Saladino reconoció que el judío había sabido librarse astutamente del lazo que le había tendido, y, por lo tanto, resolvió confiarle su necesidad y ver si le quería servir; así lo hizo, y le confesó su plan inicial. El judío entregó generosamente toda la suma que el sultán le pidió, y éste, después, lo satisfizo por entero, lo cubrió de valiosos regalos y desde entonces lo tuvo por un amigo al que conservó junto a él y lo colmó de honores y distinciones.